

—¿Golferas? ¡Qué va! Y eso que me hice rockero y me envalentoné un poco. Yo nunca he buscado problemas, ni me ha gustado hacer locuras, ni le he propuesto a los amigos que nos tirásemos por un puente o algo parecido.

—¿Ahora qué desea?

—Que ese tipo de ahí [mira a Mario con devoción] llegue a ser autosuficiente y feliz; yo, aunque suene a chorrada decirlo, tengo bastante con lo que tengo: curro, una casa en la huerta, que hemos ido arreglando poco a poco, y un coche al que puedo echarle gasolina. Bueno, y lo más importante: Marisa y yo seguimos juntos después de muchos años y espero que sigamos así hasta el final. No soy ambicioso de cosas materiales.

—¿Cuándo se conocieron?

—Tenía yo 17 años y ella 15.

—¿Qué le gusto de ella?

—¡Estaba buenísima! ¿Se ríe?...

—... no, no, no me río [risas].

—Tenía una hermana gemela, que gracias a Dios la sigue teniendo, y eran las dos guapísimas y simpaticuquísimas. Muy buenas crías, dos cañones.

—Ya.

—Y me tocó Marisa [dice con orgullo], que es todo bondad. Muy

poca gente le llega, como persona, a la suela del zapato. ¿Mario, tú qué dices de tu madre? [Mario asiente: «Es verdad, es todo bondad»]. Marisa tiene una luz especial, así de simple.

—¿Por qué da gracias?

—Por la gente que me ha rodeado en la vida. Mi familia, mi mujer, mi hijo, y la cantidad de buenos amigos que tengo. Siempre lo digo: tengo muchos amigos y todos muy buenos, y lo digo con la boca grande porque, desgraciadamente, conozco a mucha gente que no tiene amigos, y eso me parece lo más triste que te puede pasar.

—¿Algo pondrá de su parte?

—El buen rollo y la bondad, y el que Marisa y yo somos una pareja muy peculiar. Se nos quiere. Si eres un hijo de puta, lo más lógico es que los buenos amigos no te sobren.

—¿Qué estuvo a punto de hacer y no hizo?

—Liarme con otra tía. ¡Virgen santa, menos mal, qué decisión más sabia tomé!

El día más especial

—¿Qué le motiva?

—Ver a la gente feliz, me hunde la vida quedar con alguien que esté amargado. Ver a la gente bien me alegra el día.

—¿Qué no hace?

—Ni discuto con desconocidos, ni me meto en trifulcas.

—¿Mucho qué es usted?

—Cinéfilo.

—¿Qué tiene?

—Mucho nervio interno.

—¿Una bendición qué fue?

—No se me olvidará nunca cuando vi nacer a Mario, es lo más fuerte emocionalmente que me ha pasado. Fue algo muy alegre y también muy terrible. Hablo del día que más miedo he pasado en mi vida, lloraba de miedo; cuando lo miré a la cara, sentí auténtico terror pensando que le podría pasar algo: un accidente, lo que fuese... Era muy feliz y, al mismo tiempo, se me cayó el mundo encima.

—¿Qué no soporta?

—Por ejemplo, escuchar que alguien diga que se la suda que un inmigrante se muera en una patera; no soporto ese tipo de comentarios neoliberales tan despiadados, y cada vez hay más gente que los hace. Y eso sí que es una gran desgracia: el racismo, la falta de empatía. Una amiga de Salamanca vino a vernos, y lo hizo con un novio que era un racista y un facha: le echó una bronca a un camarero negro porque se le cayó algo al suelo. ¡No lo consiento, no le doy nada de bola a esta gente!

—¿Qué procura?

—Explicarme siempre todo lo que puedo y del modo más racional posible, pero no me callo cuando se está abusando de alguien.

—¿Cómo se relaja?

—Ni medito, ni rezo, salgo con la bici y eso también me relaja mucho. Pero la máxima relajación llega cuando duermo bien.

En tragos cortos:

Un sitio para tomar una cerveza.

Quitapesares. En La Fuensanta.

Una canción.

'Mediterráneo',

de Joan Manuel Serrat.

Un libro para el verano.

'Vida'. Biografía de Keith Richards.

¿Qué consejo daría?

Intenta ser feliz.

¿Le gustaría ser invisible?

¡Eso tiene que ser cojonudo!

Su héroe o heroína de ficción.

Batman.

Un epitafio.

«Perdonen que me levante», el

mismo que el de Groucho Marx.

¿Qué le gustaría ser de mayor?

Feliz.

¿Tiene enemigos?

Eso lo veo muy raro.

Lo que más detesta.

Ese rollo ceporro de la intransigencia.

Un baño ideal.

En Isla Plana.

—¿Qué hay más triste que tres tristes tigres?

—La soledad es triste de la hostia.

—¿Qué es una delicia?

—Escuchar la lluvia caer sobre el tejado, o ver una tormenta en la playa.

—¿Paz tiene?

—Tengo la paz suficiente. También tengo mis demonios y mis movidas, pero predomina la paz.

—¿Qué reconoce?

—A veces me pesa demasiado la culpa, el echarme en cara que no soy lo suficientemente bueno en esto o en lo otro, y que podía haber hecho mejor esto o lo otro. Ese rollo de pensar que siempre hay otro mejor que tú.

—¿Un día qué le pasó?

—También siendo pequeño, iba con un familiar y de pronto me puse a llorar; me preguntó qué me pasaba y le dije: 'Es que nos vamos a morir todos'. Caí en la cuenta, así de golpe, de que la vida se acaba con la muerte.

—¿No hay un Más Allá?

—A veces pienso que sí, y otras que se apaga la luz y se acabó. Somos biología pura y dura, pero también muy potentes mentalmente. Somos animales muy precisos y con emociones...; quiero pensar que después hay otra cosa, pero no sé qué.

—¿Existe o no un Dios creador?

—Lo veo muy complicado.

—¿Qué es una verdad verdadera?

—Que venimos del mono.

—¿Para qué es un lince?

—Yo soy bueno para improvisar buenos chistes. No sé contar chistes, sé improvisarlos. ¡Buenísimo!

—¿Cómo son sus enfados?

—Soy muy desagradable cuando

me cabreo, mejor que me encierran en una habitación.

—¿Qué viajes recuerda?

—Hemos viajado poco, la verdad. En Venecia flipé, es un decorado de teatro tan inmenso...; es una barbaridad de ciudad.

—¿Sin palabras qué le dejo?

—Un concierto en Murcia de Stéphane Grappelli. Tenía ya 80 años, y el guitarrista que lo acompañaba tuvo que ayudarlo a sentarse. Pero aquel anciano empezó a tocar el violín como si fuese un joven en su plenitud. No parecía real, fue mágico, alucinante.

—¿Muy raro qué le pareció?

—Lo más raro que he vivido ha sido estar confinado en mi casa. Para mí fue como una película de ciencia ficción.

—¿Qué hacemos con Miguel Bosé?

—Dejarlo, ¿qué podemos hacer con una persona así? Creo que está enfermo... De todas formas, en España tenemos suerte porque no hay un movimiento negacionista fuerte.

—¿Vegano?

—No, yo estoy muy contento de ser omnívoro. Hago dieta mediterránea, que es muy saludable.

—¿Su lema?

—Vive y deja vivir.

—¿Qué consejo recuerda?

—No fue un consejo, fue algo que escuché decir a mi padre. Cuando se murió un cuñado mío, de forma fulminante, me dijo al verme llorar: «Es que esto es así». Ya sé que es una obviedad, pero se me quedó grabado.

—¿Qué tenemos?

—Una sociedad que se ha idiotizado mucho, y que tiende hacia los extremos, donde nunca están las soluciones para arreglar lo que está mal.

—¿Su talón de Aquiles?

—La inseguridad.

—¿Cuántos discos tiene en solitario?

—Tres, pero no me acuerdo de los títulos, ¡la madre que me parió! [Se pone a recordar]

¡Ya!: 'Archivos temporales', 'Tan acústicamente' y 'A pesar de este calor'.

—¿Qué plan tiene para las vacaciones?

—Nos marchamos los tres una semana a Lisboa, y después iremos parando en casa de amigos, que es algo de puta madre.

—¿Cree en las cartas del Tarot?

—Tardé años en dejar que Marisa me echase las cartas. Me daba miedo al principio, pero ya se lo perdí. Ahora sí creo. Es que he visto cosas que no tienen explicación, ni tampoco pueden ser casualidad.

LA ISLA
CÉSAR GARCÍA GRANERO

Vale hasta orbitando



Esta es mi primera columna del verano y los inicios son importantes. Decía García Márquez que el primer párrafo de una novela es crucial. Explicaba que le daba el tono, la pauta, el ritmo e, incluso, la longitud de la obra, y añadía que por eso pensaba en ellos hasta el hartazgo. Quién no ha leído aquello de 'Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo...'. Me lo sé, no lo he gogleado. Me gustó mucho en su día, tanto que no solo me dieron ganas de que no se acabara aquella, sino de leer otras muchas. Parece mentira, pero ya han pasado siete años de la muerte de Gabo (esto sí lo he gogleado) y no puedo recordar sino con pena que alguien con su mente privilegiada sufriera demencia senil en el otoño de su vida. Algo así como si Messi perdiera una pierna. Carmen Balcells, su oronda editora en España, lo comparó una vez con Vargas Llosa y dijo una cosa que no he olvidado: «Los dos son grandes, pero cada uno a su manera: uno es un obrero, el otro es un genio».

A Gabo le gustaban las flores amarillas, y una vez le oí que tenía la manía de tener un equipo de alta fidelidad en cada una de sus casas para poder escuchar su música al llegar a ellas. Era un escritor en sentido pleno, con todas sus manías, hasta esa tan tonta de morirse. Lo malo de morir es que es para siempre, decía él entre jocoso y riente. Algo se equivocó, porque algo nos queda: lo que escribiste. Léanlo este verano, ya sea bajo la soledad de la sombrilla en una playa rubia de sol, o en la soledad más penumbrosa de su dormitorio, o, quién sabe, en la del mismo espacio, ahora que está de moda el turismo 'firmamental', que es como ir al más allá pero mucho más caro. Lean 'Cien años de soledad' o 'El amor en los tiempos del cólera' o 'El otoño del patriarca'. Hasta orbitando merece la pena.